

tamento del Loira Inferior se extendió por la Vendée y el Maine-et-Loire, por manera que si el mar no bañase las orillas occidentales del Loira Inferior, de seguro se habría propagado por el oeste en la misma proporción y con igual intensidad que por el este y el sud de Souday.

Nobles y plebeyos, ciudadanos y campesinos, clamaron contra las dos inocentes jóvenes. Los mancebos que apenas habían tenido ocasión de encontrarlas, ni de verlas siquiera, hablaban de ellas con insolente sonrisa y afectando un aire jactancioso, preñado de esperanzas cuando no de recuerdos: las viudas se santiguaban al oír su nombre, y las niñeras amenazaban con ellas á los chiquillos indóciles. Los más indulgentes se limitaban á imputar á las gemelas las tres virtudes de *Arlequin*, que generalmente se atribuyen á los discípulos de San Huberto, cuya profesión blasonaban ellas de seguir, á saber: el amor, el juego y el vino; pero otros afirmaban seriamente que en el castillo de Souday se celebraban todas las noches orgías desenfrenadas, parecidas á las del tiempo de la Regencia, y hasta algunos románticos á quienes pareció poco cuanto se había dicho, pretendieron á todo trance encontrar en una de las torrecillas de Souday, abandonada á los inocentes amores de unos veinte palomos, una tremenda reminiscencia de la famosa torre de Nesle, de funesta y repugnante memoria.

En resumidas cuentas, tantos fueron los vicios y las faltas que se achacaron á Berta y á Mary, que á pesar de la pureza de sus costumbres y de su tierno y bondadoso carácter, no tardaron en inspirar horror á cuantos las conocían.

Ya por conducto de los criados de las casas solariegas, ya por mediación de los jornaleros que se rozaban con los propietarios y las familias acomodadas, esta extraña animadversión se comunicó á las clases inferiores; de modo que, á excepción de algunos pobres ciegos ó de algunas viejas baldadas á quienes las dos hermanas socorrían, todo el poblacho se hizo eco de los absurdos y disparatados cuentos inventados por los caciques del país, y andando el tiempo no hubo leñador, almadreñero de Machecul, gañán de San Filiberto ó de Aigrefeuille, que no se creyera deshonrado con saludarlas.

Al cabo los aldeanos dieron á Berta y á Mary un apodo propio de la gente de baja ralea, el cual fué acojido y aclamado en las regiones más encopetadas, por cuanto en con-

cepto suyo caracterizaba perfectamente los apetitos y los excesos que á las dos jóvenes se atribuían.

Llamáronlas LAS LOBAS DE MACHECUL.

V

UNA CAMADA DE LOBEZNOS

Indiferente hallaron al marqués de Souday las manifestaciones de la animadversión pública, pues hasta la ignoraba, cuando cayó en la cuenta de que sus vecinos ya no le devolvían las raras visitas que se creía obligado á hacerles; observación que celebró restregándose las manos con extremada alegría, pues así se libertaba de un deber fastidioso y que sólo á instigación de sus hijas ó de Oullier cumplía.

No dejaron por esto de llegar á sus oídos algunas de las calumnias que circulaban acerca de Berta y de Mary; pero se consideraba tan dichoso entre su *factotum*, sus hijas y sus perros, que se guardó muy bien de exponerse á perder esta felicidad dando importancia á tan absurdas hablillas, y por lo tanto continuó corriendo las liebres y los jabalíes cuando se le presentaba ocasión, y jugando todas las noches el *whist* en compañía de las pobres calumniadas.

Mas Juan Oullier distaba mucho de ser tan filósofo como su amo; bien que es preciso confesar que siendo de inferior condición, no intimidaba tanto á los malévolos y charlatanes, y pudo averiguar más por extenso cuáles eran estos rumores.

Ya hemos dicho que su ternura por las dos señoritas rayaba en idolatría. Pasaba el tiempo contemplándolas; y ora sonriendo cariñosamente estuviesen sentadas en el salón del castillo, ora tendidas sobre el cuello de sus caballos, chispeantes los ojos, animado el semblante, sueltos los hermosos cabellos y ondeando á merced del viento bajo sus chambergos de ondulante pluma, pasasen raudas como una aparición junto á él; al verlas tan llenas de perfecciones y al mismo tiempo tan buenas y tan tiernas para su padre y

para él, palpitábale el corazón á impulsos de la felicidad y del orgullo, pensando que también él había contribuido algún tanto al desarrollo físico y moral de aquellas dos admirables criaturas, y preguntábase cómo era posible que el mundo entero no cayese de hinojos á sus plantas.

Así es que los primeros que se aventuraron á mencionarle los rumores que respecto de ellas se propalaban, fueron llamados al orden con tal rudeza y energía, que escarmentando los demás en cabeza ajena, se les pasaron las ganas de intentarlo; pero Juan Oullier, que de hecho era el verdadero padre de Berta y Mary, no necesitaba que le hablasen para comprender el mudo lenguaje de los más circunspectos: bastábale un gesto, una sonrisa ó una mirada para adivinarlo todo con una sagacidad que le hacía verdaderamente desgraciado.

El poco aprecio que todos manifestaban sin el menor embarazo, le afectaba profundamente, y á no moderar sus airados ímpetus, habría trabado pendencia con todos aquellos cuya fisonomía le hubiese parecido un tanto irrespetuosa, aleccionándoles con una granizada de puñetazos y hasta retándoles á singular combate; mas Oullier reflexionó que no era esta la rehabilitación que Berta y Mary necesitaban, y que por más contundentes que fuesen semejantes argumentos, serían asaz impropios para probar su inocencia. Pero lo que más le arredró fué la consideración de que la consecuencia inmediata de semejante escena, sería la de averiguar las pobres muchachas cuál era la opinión en que la generalidad del público las tenía.

Entonces el pobre Juan Oullier humillaba la cabeza bajo el peso de aquella injusta reprobación, contentándose con desatar su dolor en silenciosas y abundantes lágrimas y en fervientes ruegos al Señor, único amparo de los afligidos. Este concentrado dolor le acarreó una gran misantropía, y viendo que estaba rodeado de enemigos de sus amadas señoritas, no pudo menos de odiar á los hombres, preparándose, mientras alimentaba la esperanza de futuras revueltas, á hacer todo lo posible para devolverles el mal que le hacían.

Llegó en esto la revolución de 1830 sin dar ocasión á Juan Oullier de realizar sus siniestros deseos de venganza; pero como las asonadas que diariamente rugían en las calles de París podían muy bien ganar terreno é invadir las provincias, aguardó á que tomasen incremento.

Érase una hermosa mañana de setiembre, y cazaban en la selva de Machecul el marqués de Souday, sus hijas y Juan Oullier con su reducida jauría, pues aunque renovada muchas veces desde que de ella hemos hablado, no por eso era más numerosa que antes. Hacía tres meses que aguardaba el marqués aquel día esperando holgarse sobremanera en la expresada expedición, pues tratábase nada menos que de apoderarse de una camada de lobeznos, cuya guarida había descubierto Juan Oullier aun antes de que abriesen los ojos á la luz, vigilándola entonces con el mayor cuidado á fuer de digno picador de lobero que era.

Esta última frase necesita quizás alguna explicación para los que no estén familiarizados con el noble ejercicio de la caza.

Niño todavía el duque de Biron, el mismo que en 1602 fué decapitado por orden de Enrique IV, decíale á su padre:

—Mira; ¿ves esos doscientos hombres que van á forrajear? pues dame cincuenta caballos y los cojo. Una vez cogidos, la ciudad es nuestra.—Bueno! ¿y después?—¡Toma! después ya habremos logrado nuestro intento, pues la plaza habrá tenido que rendirse.—Justamente; y el rey ya no nos necesitará: les preciso saber ser *necesario*, imbécil!

Los doscientos forrajeadores no fueron atacados, ni ganada la plaza; pero en cambio Biron y su hijo continuaron siendo *necesarios*, y viviendo por lo tanto con el favor y á expensas del rey.

Ahora bien: con los lobos acontece lo propio que con los forrajeadores que tan maquiavélicamente respetaba el padre de Biron. Si no hubiese lobos, no habría tenientes de lobería, y por lo mismo bien se puede disculpar á Juan Oullier, cabo de lobería, el rapto de cariño que se le antojó mostrar por aquellos tiernos vástagos de la loba, en lugar de matarlos juntamente con la madre con todo el rigor que habría empleado en el exterminio de un viejo lobo.

Hay más: es tan impracticable la caza del lobo viejo con suelta, y tan monótona y fastidiosa si se hace en batida, cuanto fácil y agradable la de un lobezno de cinco ó seis meses; así es que para proporcionar á su amo esa grata diversión, no bien descubrió Juan Oullier la camada, empleó cuantos medios le sugirió la imaginación para no amedrantar á la madre, sin cuidarse de los carneros del prójimo que debía necesariamente arrebatar para la subsistencia de sus

hijuelos; hizo repetidas visitas á la cueva para cerciorarse de que nadie los había tocado con mano irrespetuosa, y llegó al colmo su regocijo el día en que echó de ver que la guarida estaba vacía, comprendiendo que la previsorá madre había empezado ya á llevárselos consigo en sus excursiones.

Por último, creyendo llegada la apetecida oportunidad, dirigiólos un día á un lado del monte donde había algunos centenares de *hectáreas* de bosque talado, y soltó los perros del marqués contra uno de ellos. No acostumbrado el pobre lobezno á aquella baraunda é ignorando el significado de aquellos ladridos y toques de trompa, amedrentóse y huyó despavorido del recinto en que se hallaban su madre y sus hermanos donde podía aún haber salvado el pellejo si la jauría hubiese atacado con preferencia á otro de ellos. Huyó velozmente hacia otro lado del monte, en el cual fué también acosado, y continuó corriendo sin dirección fija como una liebre por espacio de media hora; mas rendido luego por aquella desalentada carrera á la cual no estaba acostumbrado, y sintiendo sus patas entorpecidas por el cansancio, sentóse con la mayor sencillez en el suelo y esperó. No tuvo que aguardar mucho para saber qué querían de él, pues *Dominó*, el perro que formaba cabeza de la trailla del marqués, vendeano de áspero y ceniciento pelo, se le echó encima inmediatamente, y le quebró el espinazo de una dentellada.

Juan Oullier recogió otra vez los perros, volvió á ponerlos en el rastro, y al cabo de diez minutos, habían ya husmeado al padre del difunto, siguiéndole los alcances.

Este fué más astuto; no se apartó de los alrededores, y la jauría perdió frecuentemente el rastro, ora por los lobeznos que quedaban, ora por la loba, á los cuales ventearon en distintas ocasiones. Pero Juan Oullier entendía mucho su oficio para dejar que se malograra la empresa, y en cuanto vió que la caza tomaba el sesgo y la animación peculiares del lobo viejo, conociólo al momento, y variando de táctica, á fin de que los perros no acabasen por perder la pista, los volvió á conducir al paraje por donde había pasado el lobezno al cual habían perseguido.

Tan de cerca se vió acosado el animal, que desconfiando ya de su salvación, recurrió á un ardid que causó su desgracia, pues retrocediendo salió bruscamente del bosque; pero topó entonces con el marqués y sus hijas. Al verse sorprendido intentó escapar por entre las piernas de los caba-

llos; mas el señor de Souday se inclinó, y asiéndole por la cola lo arrojó á los perros que llegaban jadeantes en seguimiento suyo.

Estos dos episodios divirtieron sobremanera al castellano, de modo que haciéndole entrar en deseos de llevar más adelante tan agradable y feliz expedición, trató con Juan Oullier de si sería preferible seguirla en el mismo orden que antes ó fiar en el olfato de los perros y dejar que ventearan el resto de la manada, que de seguro estaría ya sobre aviso y tratando de huír el peligro que la amenazaba. Hubiérase dicho que la loba adivinó cuál de las dos ideas prevalecería en el consejo, pues en lo más animado del coloquio atravesó como una saeta el sendero á diez pasos de la trailla, que al verla lanzó un fuerte ladrido y se precipitó en su persecución con furioso ímpetu. Nada la contuvo, ni las voces, ni los desaforados gritos de los cazadores, ni los latigazos: todo fué inútil.

Juan Oullier echó á correr con todas sus fuerzas para alcanzarla, y el marqués y sus hijas pusieron sus caballos al galope con intento de cerrarla el paso; pero entonces ya no se trataba de un lobezno miedoso é inexperto, sino de un animal intrépido y vigoroso que corría con asombrosa velocidad en línea recta sin hacer caso de las zanjas, de las eminencias ni de los obstáculos que obstruían el paso, saltando valles y torrentes, trepando montañas, y sin arredrarse ni un solo instante, volando en medio de la jauría á la cual intimidaba con su oblicua mirada, y más que todo con el rechinamiento de sus formidables y agudísimos colmillos.

De este modo atravesó las tres cuartas partes de la selva y penetró en la llanura, aparentando dirigirse al descubierto monte que se extiende hasta más allá de Machecul.

Oullier no perdía terreno, y aunque su fragosidad le obligaba á menudo á hacer enojosos rodeos, supo conservarse siempre á la distancia de unos cuatrocientos pasos de los perros, merced á su ligereza. Entretanto el marqués y sus hijas se habían ido rezagando.

Cuando estos llegaron á la orilla del bosque y hubieron trepado la cuesta que domina la aldea de la Marne, divisaron á cosa de media legua, entre Machecul y la Baillandiere, en medio de las aliagas que alfombran aquel suelo en todo el espacio que media desde aquella aldea á los barbechos que se extienden al otro lado; divisaron, decimos, á

Juan Oullier y sus perros que continuaban persiguiendo á la loba con incansable porfía.

—¡Voto á diez mil de á caballo! exclamó el marqués entusiasmado ya con los dos episodios anteriores: daría diez años de vida por hallarme en este momento entre San Esteban y la Guimariere, y enviar una bala á esa pícara loba. —De seguro se dirige al bosque del Gran Erial, respondió Mary. —No lo extrañaría, dijo Berta; pero casi apostaría á que volverá á los alrededores de su guarida, pues no es de creer que siga alejándose tanto de ella. —No hay duda que sería de preferir lo último, contestó Mary. ¡Recordáis, papá, aquel lobo que el año pasado nos hizo empeñar en una inútil carrera de quince leguas en diez horas? ¡Qué caza aquella! cuando regresamos los caballos estaban cubiertos de sudor y los perros iban renqueando y á duras penas podían andar, eso amén del chasco de haber encontrado á la postre de tanta fatiga un matorral vacío. —Ta, ta, ta, replicó el marqués; buena diferencia va del lobo de entonces á esta loba. Si lo preferís, podéis dirigiros hacia su madriguera: yo voy á apoyar los perros por la otra parte. ¡Ira del diablo! no se dirá que he permanecido ocioso al oír la voz de remate. —Nosotras os seguiremos dó quiera que vayáis, respondieron sus hijas. —¿Si? ¡adelante, pues, y á ellos! exclamó el marqués acompañando estas palabras con dos fuertes espolazos y lanzando el caballo á escape por la llanura.

Como el camino que seguía el marqués era sumamente áspero é intransitable por las zanjas que á trechos lo cortaban, los caballos tropezaban á cada paso, y á no recogerlos fuertemente sus jinetes, habrían dado en el suelo con ellos varias veces, por manera que era imposible llegar por vareda ni atajo alguno al bosque del Gran Erial antes que la caza.

Mejor montado que sus hijas, y pudiendo gobernar con mayor facilidad su cabalgadura, no tardó el marqués en ganarles algunos centenares de pasos, y aburrido ya de aquella trabajosa marcha, al ver un campo que se extendía á un lado del camino, entróse en él sin advertir á sus hijas. Ignorando estas aquella brusca evolución, continuaron su peligroso descenso á lo largo de la cuesta creyendo seguirle todavía.

Hacia ya cosa de un cuarto de hora que corrían alejándose cada vez más de su padre, cuando se encontraron de repente entre dos escarpados ribazos, entrelazándose por cima de sus

cabezas el ramaje de los árboles de ambas orillas, y detuviéronse creyendo oír los ladridos de la jauría.

De improviso, á corto trecho sonó un tiro y salió del vallado una grandísima liebre con las orejas ensangrentadas, mientras á la otra parte se oían furiosos gritos de «¡A ella, á ella! ¡tráela, tráela!»

Las dos hermanas creyeron encontrarse en un sitio batido por los vecinos, é iban ya á retirarse, cuando vieron que por el boquete que al pasar la liebre había abierto en el seto, salía ijadeando el Ganso, seguido de *Truán*, *Lebrós*, *Buitre* y *Dominó*, perros de su padre, todos corriendo anhelantes en dirección al llano trás la pobre liebre, cual si en aquel día no hubiesen trabado relaciones con otra caza más noble.

Mas apenas hubo pasado por aquella brecha la cola del último perro, cuando asomó por ella la cabeza de un hombre: era un joven de pálido y conmovido semblante, desmenados cabellos y hosca mirada que hacía esfuerzos sobrehumanos para que el cuerpo siguiese la cabeza por aquel hueco, y seguía gritando mientras se desprendía de las zarzas del seto: «¡A ella, á ella!» con una voz que Berta y Mary tomaron por la que momentos antes habían oído.

VI

LA LIEBRE HERIDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.M.

Como los setos vivos del Bajo Poitou están fuertemente entrelazados, el haber pasado una liebre y seis sabuesos al través de uno de ellos, no es razón para que el agujero que han abierto tenga las dimensiones de una puerta cochera; y cautivo el infortunado mancebo en aquella especie de guillotina, por más que forcejeó ensangrentándose el rostro y las manos, no logró adelantar ni una pulgada. Perseveraba con todo en tan desesperada porfía, cuando á lo mejor de sus esfuerzos le sorprendieron dos ruidosas carcajadas. Volvió asombrado la cabeza, y vió á las dos amazonas inclinadas sobre el cuello de sus cabalgaduras contemplándole con

30035